

DEL MEJOR GÉNERO DE ORADORES.

DÉL MEJOR GENERO DE ORADORES.

Dicen que hay tantas especies de oradores como de poetas, y no es así, porque la poesía es múltiple. El poema trágico, el cómico, el épico, el lírico y el ditirámico que ha sido más usado por los latinos, difieren cada uno de ellos de los demás. Por eso es vicioso en la tragedia el estilo cómico y en la comedia el trágico, y los demás tienen su estilo y carácter propio y sabido de los oyentes. Si se clasifica á los oradores en muchos géneros, llamando á unos sublimes, graves y copiosos, á otros tenues, sutiles y breves, y aplicando los demás al género medio, se dice algo de los hombres, poco de la cosa: en esta se busca lo mejor, en el hombre lo que es: así se puede llamar á Ennio gran poeta épico, si así nos parece, y á Pacuvio trágico, y á Cecilio cómico.

Yo no divido á los oradores, busco el orador perfecto, y la perfeccion es un género solo. Los que de ella se apartan no difieren en género, como no difiere Terencio de Accio, sino que son desiguales dentro del mismo género. El mejor orador es el que enseña, deleita y conmueve á los oyentes. El enseñar es obligatorio; el deleitar, muy conveniente el

conmover muy necesario: claro que esto lo hacen unos mejor que otros, pero no por diferencia de géneros, sino de grados. Lo perfecto es uno sólo, y los grados consisten en acercarse y parecerse á él: de donde se infiere que lo que más se aparta de la perfeccion es lo peor.

Como la elocuencia consta de palabras y sentencias, se ha de procurar, no sólo la pureza latina, sino la elegancia de las palabras propias y trasladadas, eligiendo entre las propias las mejores y siguiendo en las traslaciones la semejanza. Hay tantos géneros de sentencias como de cualidades dijimos que habia en la oratoria. Las sentencias en que se trata de enseñar son agudas: las que deleitan, ingeniosas; las que conmueven, graves. La estructura de las palabras exige número y suavidad, y las sentencias tienen su propia composicion y órden acomodado á la causa. La memoria viene á ser el fundamento de todo este edificio, así como la accion es la luz.

El orador que posea en grado sumo todas estas cualidades, será perfecto; el que las tenga en menor grado, mediano; el que no, malo. Y todos se llamarán oradores, como se llaman pintores hasta los malos, y no difieren en género, sino en facultades. No hay orador que no quiera parecerse á Demóstenes; pero Menandro no quiso imitar á Homero porque trabajaba en distinto género. No sucede así en los oradores, y si hay alguno que, buscando la gravedad, huya de la sutileza ó, por el contrario, quiera ser más agudo que adornado, aunque esté en un género tolerable, no está en el mejor, porque sólo lo que reúne todas las excelencias es perfecto.

He dicho esto con brevedad grande, pero para mi actual propósito basta. Habiendo un solo género perfecto, hemos de averiguar cuál es. No es otro que el que floreció en Atenas, y cuya fuerza no todos conocen, aunque admiren su gloria, pues los más nada vicioso creyeron ver en los áticos, y otros encontraron muchas cosas dignas de alaban-

za. Los vicios de sentencia por absurda, inoportuna, falta de agudeza ó insulsa, los de palabras, cuando éstas son torpes, abyectas, impropias del asunto, duras, traídas de léjos... todo esto evitaron los que se llaman oradores áticos, ó los que usan el modo de decir ático. Pero si nada más que esto hubieran conseguido, no se les podría tener más que por sanos y robustos, como los que se ejercitan en la palestra, pero no obtienen coronas en Olimpia. Los que aspiren á éstas no se han de contentar con estar exentos de todo vicio, sino con adquirir fuerzas, sangre y cierta suavidad de color. Imitémoslos si nos es posible, y si no, prefiramos la correccion de los Áticos á la viciosa abundancia de los Asiáticos.

Y cuando lo hagamos, si es que podemos conseguirlo porque es difícil, imitemos con preferencia la sencillez de Lisias, aunque en algunas partes sube algo más de tono; pero como trató casi siempre causas privadas y de poca importancia, parece algo seco, porque de intento se redujo á una materia leve. Y al que esto haga, y aunque quiera ser más abundante y rico no pueda, se le tendrá por orador, pero de los menores, dado que el gran orador tambien puede dar muestras de si en causa pequeña. Por eso Demóstenes pudo usar del estilo medio, pero quizás Lisias no hubiera podido elevarse á lo sublime. Y los que sostienen que la causa de Milon, cuando el ejército estaba en el Foro y ocupaba todos los templos que le rodean, debió defenderse lo mismo que una causa privada ante un juez, limitan la elocuencia por lo que ellos alcanzan y no por la naturaleza de las cosas.

Muchos se tienen por áticos, otros opinan que ningun latino puede alcanzar el aticismo; ni unos ni otros merecen atencion. Bastante los desengaña el éxito, pues ó no defienden ninguna causa, ó cuando lo hacen, todo el mundo se burla de ellos. ¿Sucederia lo mismo si fuesen áticos? Los que nos niegan el aticismo confiesan que no son oradores,

pero ni áun tienen buen oído é inteligente juicio, porque para gustar de una pintura no es necesario saber hacerla, basta con alguna discrecion y gusto. Si sólo atienden al fastidio que les causa oír, y no les deleita nada excelso ni magnífico, digan en buena hora que prefieren un estilo sutil y agudo, y que desprecian el grave y adornado, pero no llamen áticos sólo á los que hablan sutilmente, es decir, con sequedad y correccion.

¿Y si á esta correccion se une la majestad, la riqueza y la elegancia, el estilo no será ático? ¿Qué es mejor: hacer el discurso tolerable ó admirable? No tanto queremos indagar lo que es estilo ático, como lo que es excelente; pero como entre los oradores griegos, fueron los mejores los de Atenas, el que imite á éstos será á la vez orador ático y perfecto orador. En este sentido está bien dicho estilo ático, puesto que los áticos son los modelos para la imitacion.

Pero como reinan en este punto graves errores, he querido emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque no necesario para mí. Traduje del griego dos elocuentísimas oraciones, entre sí contrarias; una de Esquines, y otra de Demóstenes, y las traduje, no como intérprete, sino como orador, conservando las mismas sentencias y figuras, pero acomodando las palabras al genio de nuestra lengua. No creí necesario traducir palabra por palabra, pero conservé el valor y fuerza de todas ellas: no las conté, sino que las pesé.

Este trabajo será útil á los nuestros para que comprendan qué cualidades se exigen en el orador que quiera ser ático, y á qué modelo debe ajustarse. Aquí me citarán á Tucídides como modelo más perfecto, y tienen razon en admirar su elocuencia; pero esta nada tiene que ver con la oratoria de que venimos hablando: una cosa es narrar las cosas pasadas, y otra argumentar acusando ó defendiendo: una cosa entretener al oyente con narraciones, y otra conmoverle. Me direis que habla muy bien. ¿Acaso mejor que Platon?

Necesario es que el orador forense trate las controversias en un estilo á propósito para deleitar, enseñar y conmover.

El que crea que las causas forenses deben tratarse en estilo de Tucídides, huya del Foro y de toda causa civil: el que aprecie el verdadero mérito de Tucídides, una su parecer al nuestro. Ni al mismo Isócrates, de quien el divino Platon hizo en el *Fedro* un magnífico elogio en boca de Sócrates hasta el punto de igualarle con él, y á quien todos los doctos tienen por grande orador, le pongo en este número. No empuña el hierro, ni sale al combate, sino que se ejercita en el florete: tal es su oratoria. Pero yo, si me es lícito comparar lo mínimo con lo máximo, presento una nobilísima pareja de gladiadores: Esquines, que como el *Esernino* de Lucilio, no es hombre rudo, sino docto y agudísimo, *lucha con Pacidiano, el más excelente desde que hay hombres en el mundo.* Y en efecto, nada hay más divino que la elocuencia de Demóstenes.

A este nuestro trabajo se opondrán dos géneros de objeciones. Unos dirán: mejor está en griego, y yo les responderé: ¿podreis vosotros hacerlo mejor en latin? Otros dirán: ¿para qué he de leer esto teniéndolo en griego? No lean, pues, la *Andrómaca*, la *Antiopa*, los *Epígonos*, ni otras tragedias latinas. Y sin embargo, leen á Ennio, á Pacuvio y á Accio más que á Eurípides y á Sófocles. Leen la *Andria* y los *Synephebos*, y no ménos á Terencio y á Cecilio que á Menandro. ¿Por qué les fastidian, pues, las oraciones traducidas del griego, cuando no les disgustan los versos?

Comencemos exponiendo la causa del juicio. Decia una ley en Atenas que «á nadie se le premiase con una corona si ántes no daba cuenta de su magistratura;» y decia otra ley: «Los que sean premiados por el pueblo deben recibir el premio en la plaza pública; los que premie el Senado, le recibirán en el Senado.» Demóstenes estuvo encargado de

reedificar los muros, y lo hizo á su costa. Entónces propuso Ctesiphon que se le premiase con una corona de oro, aunque no habia dado cuentas todavía, y que esta donacion se hiciese ante el pueblo reunido en el teatro (con no ser este lugar de legitima reunion), y que el decreto fuese en estos términos: «La corona se le da por su virtud y beneficios al pueblo ateniense.»

Esquines llamó á juicio á Ctesiphon por haber contravenido á las leyes proponiendo que se diera la corona ántes de rendir cuentas, y se le diera en el teatro, y por haber escrito cosas falsas de la virtud y servicios de Demóstenes, que ni era hombre bueno, ni benemérito de la ciudad. Esta causa se aparta de todas las formas de nuestro derecho, pero es grande; hay en ella una interpretacion de las leyes bastante aguda por entrambas partes, y una controversia muy grave sobre los respectivos méritos para con la República. La causa que tuvo Esquines para vengarse de Demóstenes y llevar á juicio sus actos y fama, en esta acusacion contra Ctesiphon, fué el haber sido acusado él mismo capitalmente por Demóstenes á causa de haber desempeñado mal una embajada. No habló tanto de las cuentas que no habia dado como de los elogios que Ctesiphon tributaba á un hombre que, en concepto de Esquines, no era óptimo sino perverso. Esquines presentó esta acusacion cuatro años ántes de la muerte de Filipo de Macedonia, pero el juicio no fué hasta algunos años despues, cuando Alejandro estaba ya en Asia. Dicese que á este juicio hubo un concurso inmenso de toda la Grecia. ¿Qué cosa más digna de ser vista y oida que la contienda admirable y el odio encendido de dos eminentes oradores, en una causa tan grave?

Si logro traducir sus oraciones como lo espero, esto es, poniendo de manifiesto todas sus bellezas, sentencias, figuras, y siguiendo no sólo el orden de las cosas, sino hasta el de las palabras, con tal que no se aparten de nuestro

modo de decir (pues aunque todas no estén exactamente traducidas del griego, procuraré sin embargo que sean equivalentes), habrá una regla y modelo para los que quieran imitar el estilo ático. Basta ya de proemio. Oigamos á Esquines hablando en lengua latina.

U.N.A.M.
MARIO DE LA CUEVA